

Serena BIANCHETTI, Michele R. CATAUDELLA y Hans J. GEHRKE (eds.), *Brill's Companions to Ancient Geography. Inhabited World in Roman and Greek Tradition*, Brill, Leiden-Boston 2015 (490 pp.), ISBN 978- 90- 04 -28511-8.

Se preocupan los coordinadores de este *Companion* por subrayar, en el prefacio, que su intención –al convocar a los especialistas invitados a colaborar en este volumen– no es continuar las ya más que clásicas obras de Burger, Thomson o Forbiger, sino tratar ciertos temas que suelen quedar soslayados, por su especificidad, en el marco general de estas grandes síntesis de historia de la geografía, exigiendo, como contrapartida, que los análisis presentados vengan marcados por la perspectiva histórica.

La primera parte, de las tres que componen este título, aglutina contribuciones que abordan, desde diferentes ángulos, los conocimientos geográficos que se pueden intuir en el mundo griego antes de que la geografía se consolidara como disciplina. Más concretamente, el primer capítulo, firmado por R. Bichler, se acerca a la figura de Heródoto remarcando el papel jugado por los filósofos jonios, en el dibujo del mundo que se perfila en las *Historias*, y por el componente geo-político, en las descripciones geográficas herodoteas. Seguidamente, P. Janni presenta una recapitulación de las ideas fundamentales a tener en cuenta o a desterrar a la hora de sopesar la relación de griegos y romanos con el mar y de valorar el grado de conocimiento que, del mismo, obtuvieron a través de sus experiencias náuticas. En el siguiente tra-

bajo, G. Maddoli se interesa por la Magna Grecia como concepto geográfico y plantea, sobre la base de testimonios literarios –notablemente, el conocido texto de Estrabón, VI, 1, 6– que la génesis del mismo hay que buscarla en el contexto pitagórico, donde dispone de plena validez política pasando a tener un contenido únicamente cultural en los siglos sucesivos. La presentación de G. Daverio Rocchi valora –a través del análisis de los textos y la contextualización histórico- política de los datos– el complejo campo semántico de los límites y las fronteras, poniendo de manifiesto su carácter no sólo geográfico y territorial, sino también socio-cultural. H.- J. Gehrke, por su parte, indaga hasta qué medida las expediciones alejandrinas ayudaron a superar la paradoja entre la cartografía de base geométrica y matemática y la percepción hodológica del espacio, para concluir que, si bien no modificaron la visión griega de la ecúmene, sí la llenaron de detalles que resultaron preciosos para geógrafos tan importantes como Eratóstenes. Coincide V. Bucciantini en la idea de que, aunque las conquistas del macedonio no actualizaron un estado de la “cuestión geográfica” remontable a Aristóteles, constituyeron la base de la revolución cartográfica inmediatamente posterior merced a los datos geográficos rastreables en los historiadores que relataron, de primera mano, estas campañas.

La segunda parte de este *Companion* trata el doble espectro de la geografía política y la ciencia geográfica. Así, M. Cataudella sintetiza el papel desempeñado por Eudoxo de Cnido en el trazado del paralelo y el meridiano poniéndolo en relación con su posterior utilización por parte de Dicearco de Misene, bien que sin dejar de señalar otras influencias, ya de los *palaioi* o de Aristóteles y los propios avances del sabio siciliota que lo harán, a su vez, precursor de Eratóstenes. Precisamente, será al bibliotecario de Alejandría a quien dedique S. Bianchetti su trabajo. En él remarca la paradoja que supone que el creador de la disciplina geográfica fuese criticado por geómetras como Hiparco, historiadores y geógrafos como Polibio o Estrabón o que su cálculo de la circunferencia terrestre fuese denostado por Posidonio o Ptolomeo, cuando el trazado del mapa alejandrino está en la base de la cartografía de Agripa y del mismo Ptolomeo. K. Geus toma el relevo ocupándose de Hi-

parco de Nicea. Autor difícil de evaluar dado que apenas conservamos unos setenta fragmentos de su obra, su marcada apuesta por la astronomía le hizo perder enteros en el marco de la geografía corográfica, aunque sus trabajos se revelan indispensables en las composiciones ptolemaicas. D. Marcotte se adentra en la evolución sufrida por la representación del océano Índico desde las noticias que se pueden colegir de Agatarquides de Cnido hasta el anónimo *Periplo del mar Eritreo*, aunque, como se puede observar en Ptolomeo, los avances conseguidos gracias a la experiencia marítima no tengan el esperado reflejo en las obras geográficas. P. Schneider, por su parte, busca argumentar que la llamada “confusión” que entre la India y Etiopía se repite, sin solución de continuidad, en las fuentes –incluso en aquellas posteriores a las expediciones alejandrinas– ha de ser entendida, en realidad, como una forma inusual, y explicable sólo desde la mentalidad greco-latina, de conocimiento de estas regiones. Pasando ya a época imperial, P. Arnaud analiza la obra de Agripa, defendiendo que, a partir de los fragmentos conservados, se puede colegir que el yerno de Augusto conocía los debates geográficos generados desde Eratóstenes y que su obra era un escrito de carácter corográfico, no siendo esto último impedimento para que en el Pórtico de Vipsania apareciese un mapa. A. Kolb subraya el carácter, tanto en concepción como en uso, de los periplos, los itinerarios y las *formae* en Roma y cómo este carácter habla de una concepción del espacio basada en su medición y en una perspectiva claramente lineal. En el siguiente capítulo, F. Prontera sopesa si el entramado teórico dibujado por Estrabón en los *Prolegómenos* encuentra, verdaderamente, su plasmación en la descripción regional de la *Geografía*, así como hasta qué punto esta última es deudora de las fuentes utilizadas, del peso del imaginario griego y de la ideología imperialista romana. E. Olshausen estudia, a través de los testimonios de Menipo, Estrabón, Pomponio, Plinio el Viejo, Arriano y Ptolomeo, si el grado de conocimiento geo-político y geográfico del Ponto Euxino avanzó notablemente merced a la conquista romana. G. Cruz Andreotti vuelve sobre Estrabón para fijar las líneas maestras que guían el discurso del de Amaseia en su descripción de Iberia. Para ello, valora las imágenes pergeñadas por la escuela alejandrina, Polibio y Artemidoro llegando a la conclusión, mediante su comparación, de que

el Libro III no es el reflejo de la romanización, sino una geografía de la conformación histórica de las comunidades de Iberia. El trabajo firmado por K. Brodersen presenta una reivindicación de Solino como autor innovador. Sin negar la clara influencia de Plinio en las dos versiones de la obra del gramático latino –*Collectanea* y *Polyhistor*– Brodersen subraya el modo novedoso en que Solino presenta los datos geográficos y cómo esta presentación tiene carácter propio y no es una mera refacción de Mela o, sobre todo, de Plinio. Cierra esta amplísima segunda parte la contribución de G. Aujac a propósito de Claudio Ptolomeo. Destaca esta especialista dos grandes rasgos caracterizadores del sabio alejandrino: en primer lugar, su gran capacidad didáctica y su interés por que la ciencia geográfica resulte asequible a un amplio espectro de público; en segundo lugar, la habilidad demostrada por Ptolomeo para poner en práctica nuevos procedimientos y técnicas que permitan la actualización, constante, de la disciplina geográfica.

La tercera y última parte del libro reúne, bajo el título común de *Geographical Rebounds*, tres capítulos. En el primero de ellos, suscrito por M. Rathman, su autor defiende un arquetipo de raíz eratosténica y, muy probablemente, dibujado en Alejandría, para la *Tabula Peutingeriana*. Igualmente, insiste en la influencia que la obra de Artemidoro habría ejercido en las primeras fases de las sucesivas actualizaciones experimentadas por la *Tabula*. En el siguiente trabajo, E. Galvagno busca demostrar cómo los listados epigráficos referidos a los *thearodokoi* tienen, además de una obvia funcionalidad religiosa, un papel político. La valoración en profundidad de estos escuetos índices geográficos de ciudades los revela como fuentes únicas para el conocimiento de variaciones en las relacio-

nes entre distintas *poleis*. El broche final al volumen lo pone J. R. Stenger quien se interroga sobre el obispo Eusebio y su concepción de la Tierra Santa. La producción del obispo de Cesarea fundamenta las bases de un nuevo género literario: la Historia de la Iglesia, siendo las más notables la unión indisoluble de historia y geografía y el papel de guía desempeñado por la última en la exegesis bíblica.

Llegado el momento de concluir se impone una valoración general que sirva de conclusión a esta breve reseña. Ya apuntamos, en las líneas introductorias, que no hemos de buscar en estas páginas una historia cronológica de la Geografía, elaborada al hilo de la tradición textual. Tampoco un nexo temático común que hile todos los capítulos. Esta elección de los editores no supone, desde nuestro punto de vista, un hándicap. Bien al contrario, dota a esta monografía de un gran valor. Cada uno de los trabajos presenta, sin tener que depender del resto, un exhaustivo estado de la cuestión y análisis del tema abordado, siendo ya la firma del autor, garantía de la calidad de la exposición. No queremos, por ello, dejar de felicitar a los coordinadores por su rotundo acierto al seleccionar tanto el plantel de especialistas como las problemáticas a abordar. Esta felicitación ha de ser extendida, en justicia, al sello editorial porque su conocido grado de exigencia científica imprime, sin duda, un plus al más que exigente listón marcado por los reconocidos especialistas convocados en estos *Companions*.

ENCARNACIÓN CASTRO-PÁEZ  
*Universidad de Málaga*  
encarnacion.castro@uca.es  
ORCID: 0000-0003-4528-0870